

www.elboomeran.com

El vientre de Nápoles

MATILDE SERAO

TRADUCCIÓN DE
JUAN ANTONIO MÉNDEZ



www.gallonero.es

Título original:
IL VENTRE DI NAPOLI

Primera edición: octubre 2016

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© de la traducción: Juan Antonio Méndez Borra

© del diseño de colección: Raúl Fernández

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo
propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16-5293-3-3-9

Impreso en España

Depósito legal: M-34230-2016

«Desde que empecé a escribir nunca supe ni quise ser más que una fiel y humilde cronista de mi memoria.»

MATILDE SERAO

A la baronesa Giulia de Rothschild

Pavillon de Pregny

GINEBRA

Muy señora mía y amiga:

Habéis amado y seguís amando a Nápoles con elevada e ilustrada inteligencia, con cálido corazón, y el deseo que alimentáis por el bien de esta admirable ciudad es parte viva de toda la bondad que anida en vuestro espíritu.

De modo que solo a Vos quiero dedicar este libro de ternura, de piedad y de tristeza por Nápoles.

Y Vos, seguid amando a esta vuestra amiga,

Matilde Serao

Este libro lo escribí en tres épocas distintas.

La primera parte en 1864, cuando a un país lejano me llegaba desde Nápoles toda esa sensación de horror, de terror y piedad, por tantas calamidades como la atravesaban, sembrando enfermedad y muerte. De manera que será el dolor, la ansiedad, la congoja que atenaza a quien escribe de arte, quien hable de cuánto y cuán profundamente tuvo que sufrir, entonces, mi corazón napolitano.

La segunda parte está escrita veinte años después, es decir, apenas hace un par de años y enlaza con la primera con un sentimiento más tranquilo, pero, por desgracia, más desconfiado, más escéptico respecto de la posibilidad de que un mejor futuro social y civil pueda asegurarse al pueblo napolitano, del que la autora se honra y enorgullece ser fraterna emanación.

La tercera parte es de ayer, es de hoy. Tampoco yo debo aclararla, puesto que es, como las anteriores, expresión de un sincero corazón, de un alma sincera. Expresión tierna y doliente. Expresión triste y nostálgica de un ideal de justicia y de piedad, que descienda sobre el pueblo napolitano y lo eleve y enaltezca.

NÁPOLES, OTOÑO DE 1905
MATILDE SERAO

El vientre de Nápoles

Hace veinte años

I. HAY QUE DESTRIPAR NÁPOLES

Una frase eficaz. Usted, honorable Depretis, no ha conocido el vientre de Nápoles. Un error, porque usted es el Gobierno y el Gobierno tiene que saberlo todo. Por supuesto que no están hechas para el Gobierno esas descripciones coloridas de los cronistas con pretensiones literarias que hablan de la via Caracciolo, del mar glauco, del cielo de cobalto, de las encantadoras señoras y de las brumas violetas del ocaso. Toda esa retórica barata a base de golfo y colinas floridas a la que nosotros, humildemente arrodillados ante la patria que sufre, aplicamos en su momento y seguimos aplicando honroso correctivo. Toda esta vulgar, fácil e incompleta literatura, resulta útil para esa porción de público que no quiere que le molesten con cuentos de miseria. Pero el Gobierno tendría que saber la *otra parte*; el Gobierno, al que le llegan las estadísticas de la mortalidad y la de los delitos; el Gobierno al que le llegan las relaciones de los prefectos, de los comisarios, de los inspectores de policía, de sus delegados; el Gobierno al que le llegan los informes de los directores de las cárceles; el Gobierno que sabe todo: la cantidad de carne que se consume en un día y el vino que se bebe en un año en un pueblo; que sabe el número de mujeres, digamos, de mala vida, que existen, y así como cuántos hay ya advertidos entre sus verdaderos amantes, cuántos mendigos no tienen cabida en las obras de beneficencia y cuántos son los vagabundos que duermen en la calle por la noche, cuántos indigentes y cuántos comerciantes hay; cuánto se recauda por arancel al consumo, por la propiedad

de la tierra, a cuánto ascienden los empeños en el Monte de Piedad y cuánto *se recauda por la lotería*. Esta parte, este vientre de Nápoles, si no lo conoce el Gobierno ¿quién va a conocerlo? Y si no valen para informaros de todo, dígame entonces para qué sirven todos esos empleados altos y bajos. ¿Para qué todo ese inmenso engranaje burocrático que nos cuesta tanto? Y si usted no es la inteligencia del país que todo lo conoce y que a todo subviene, ¿para qué es usted ministro?

Puede que le hayan enseñado a usted una, dos, tres calles de los barrios bajos y que le hayan causado horror. Pero usted no ha visto todo: los mismos napolitanos que le llevaban no conocen *todos* los barrios bajos. ¿Acaso ha recorrido usted toda la *via dei Mercanti*?

Tendrá unos cuatro metros de ancho, y las carretas no pueden pasar por allí, es sinuosa, se retuerce como una tripa: ahogada por las altísimas casas durante los días más espléndidos en una luz blancuzca y muerta. En medio de la calle el arroyo es negro y fétido, no corre, permanece estancado, compuesto de lejía y restos de agua mugrienta de jabón, de agua de macarrones y de agua de sopa, fétida mezcla que va pudriéndose poco a poco. En esta *via dei Mercanti*, una de las principales del barrio del Puerto, hay de todo: oscuras tiendas en las que se agitan sombras, en las que se vende de todo, oficinas de empeño, puestos de lotería y, de vez en cuando, un portal negro, de vez en cuando, un callejón embarrado, de vez en cuando, una freiduría de la que sale un olor a aceite en mal estado, de vez en cuando un chacinero, desde cuya tienda llega una peste a queso fermentado y a tocino rancio.

De esta calle salen muchos otros callejones que llevan el nombre de los oficios: de la Zapatería, de los Cuchilleros, de los Espaderos, de los Tafetaneros, de los Colchoneros, etc., pero todos igualmente sucios y oscuros; cada uno con su mal olor particular, a cuero viejo, a plomo fundido, ácido nítrico, ácido sulfúrico.

Varias son las calles que conducen desde arriba al barrio del Puerto. Son empinadísimas, estrechas, mal empedradas. La vía de Mezzocannone está toda ella habitada por tintoreros. Al fondo de cada oscura tienda arde un fuego vivo debajo de una caldera negra, donde hombres semidesnudos agitan una mezcla humeante; en la puerta se secan harapos rojos y violetas; sobre los adoquines mal encajados gotea siempre hez de tintura multicolor. Otra calle, la llamada Gradelle di Santa Barbara, tiene también su originalidad. A uno y otro lado viven mujeres de mala vida, que han hecho de ella su propio territorio y, para entretenimiento de infelices desocupadas, durante el día y por odio profundo contra el hombre, tiran por la ventana, encima de quien pase, pieles de higos, de sandía, basura, tronchos de espigas y todo se va quedando en esas escaleras, de manera que la gente limpia ya no se atreve a pasar por allí. Hay otra calle que, detrás del instituto de San Marcellino, llega hasta Portanova, donde termina via dei Mercanti y empieza Lanzieri que, en realidad, no es una calle sino un callejón sin salida, una especie de canal negro que discurre bajo dos arcos y donde parece que está recogida toda la basura de una aldea africana. Llegados aquí, es imposible seguir adelante: el suelo es resbaladizo y el estómago se queja.

¿Ha estado usted en el barrio de Vicaria?

De todas las calles que lo atraviesan, solo hay una que está limpia, la vía del Duomo: todas las demás son representaciones del viejo Nápoles, mal ventiladas, oscuras, con casas apuntaladas cayéndose de viejas. Existe un callejón del Sol, llamado así porque el sol nunca entra allí. Existe un callejón del Séptimo Cielo, llamado así, precisamente, por la altura de una raya de cielo que aparece entre las antiguas y altísimas casas. En torno a la plazuela de los Santos Apóstoles hay tres o cuatro callejuelas: Grotta della Marra, Santa Maria a Vertecœli, vicolo della Campana, donde vive una población flaca y pálida, apestada por la fábrica de tabaco que hay allí, apestada por su propia basura. Todos los alrededores de Castelcapuano, de esta enorme e histórica Vicaria, parecen precisamente *su* ambiente, es decir, podredumbre material y moral, sobre la que se alza lo más alto a lo que llega esta sociedad pobre y necesariamente corrupta: la cárcel.

¿Y la sección del Mercado? Sí, aquella histórica, en la que hizo la revolución Masaniello, donde cortaron la cabeza a Conradino de Suabia. Sí, sí, de él hablaron dramaturgos y poetas. Se atraviesa una franja, llegando en carruaje, desde el Ferrocarril, para salir inmediatamente a la Marina. ¡Al diablo con la poesía y los dramas! En la parte del Mercado ya no queda ni una sola calle que esté limpia. Parece que, por allí, hace años que no pasa el barrendero pero se trata de la basura de un solo día.

Ahí está el Lavinaio, la gran fuente en la que se lavan los harapos del viejo y pobre Nápoles. El Lavinaio es el gran torrente en el que la suciedad viene a limpiarse superficialmente, hasta el punto de que, para insultar cariñosamente a un napolitano, acerca de su propio napolitanismo, se le dice: *Eres del*

mismísimo Lavinaio. En el barrio del Mercado están los *siete* callejones de la Duchesca, el callejón del Cavalcatoio, el callejón de Sant'Arcangelo a Baiano. Soy una mujer y no puedo decirlo que son estas calles, porque allí la abyección es tan profunda y tan miserable, está tan degradada la naturaleza humana, que llegan hasta el rostro las llamas de la vergüenza.

¿Destripar Nápoles? ¿Cree usted que bastará con eso? ¿Piensa usted que bastará con tres o cuatro calles de entre los barrios populares para salvarlos? Ya verá, ya verá cuando los estudios para esta santa obra redentora se lleven a cabo cuál es la resplandeciente verdad que emerge: *es preciso rehacerlo todo*.

Seguramente, no puede usted dejar en pie las casas castigadas por la humedad, en las que el bajo está lleno de barro y en el último piso se achicharra uno durante el verano y se hiela en el invierno, en el que las escaleras son depósitos de basuras; en cuyos pozos, esos de los que tan penosamente se saca el agua, acaban cayendo los desechos humanos y todos los animales muertos; y todos con su *pot-bouille*, una así llamada *vinella*, un patinillo interior al que las criadas acaban tirando todo; y cuyo sistema de letrinas, cuando las hay, se resiste a toda desinfección.

No puede dejar en pie las casas, en cuyas pequeñas habitaciones nunca se amontonan menos de cuatro personas, en las que, además, suele haber gallinas, palomas, gatos cansados y perros sarnosos, casas en las que se cocina en un chiscón, se come en el dormitorio y se muere en la misma habitación en la que otros duermen y comen, casas cuyos trasteros, también habitados por humanos, se parecen a las hoy abolidas cárceles *criminales* de la Vicaria, por debajo del nivel del suelo.

Seguramente usted no puede dejar en pie los puentes que unen las casas, así como tampoco esas innobles construcciones de madera colgadas de algunas murallas de casas, ni aquellos portales estrechos, ni callejones sin salida, ni esos burdeles, ni los soportales. No puede dejar en pie los *fondaci*, las viviendas comercio.

No puede dejar en pie determinadas casas en las que el primer piso es una oficina de empeño, en el segundo se alquilan habitaciones a estudiantes, en el tercero se fabrican fuegos artificiales. En otras, el bajo es un billar, el primer piso, un hotel de los de a tres céntimos la noche, el segundo una colección de pobrecillas y el tercero un depósito de trapos.

Para destruir la corrupción material y la moral, para rehacer la salud y la conciencia de toda esta pobre gente, para enseñarles cómo se vive —porque lo que es morir ya lo saben, como habéis visto—, para decirles que son nuestros hermanos, que les amamos eficazmente, que queremos salvarlos, no basta con destripar Nápoles: es preciso rehacerlo de arriba abajo.